LA AGROECOLOGÍA COMO FORMA DE VIDA

Laura Beatriz Collin Harguindeguy

Resumen

Este capítulo propone una lectura política de la agroecología mexicana y del proceso por el cual pasó de ser una propuesta marginal a convertirse en política pública. A partir de investigación etnográfica participativa entre los otomíes de Temoaya, los purépechas de Michoacán y el campesinado de Tlaxcala, y de información recabada en redes de productores, se reconstruye el recorrido que va de la crisis abierta por la apertura comercial de los años noventa hasta los programas de transición agroecológica del periodo reciente. El capítulo sostiene que los conceptos con que se nombra la acción importan, porque el mercado se los apropia y obligan a reformularlos, y que la agroecología se ha constituido menos como técnica productiva que como forma de vida orientada por la soberanía alimentaria, los sistemas de baja entropía y las lógicas reproductivas del buen vivir.
Palabras clave: agroecología; soberanía alimentaria; campesinado; política pública; México.

Abstract

This chapter offers a political reading of Mexican agroecology and the process through which it evolved from a marginal proposal into public policy. Drawing on participatory ethnographic research among the Otomí people of Temoaya, the Purépecha of Michoacán, and the peasantry of Tlaxcala—as well as data gathered from producer networks—the

chapter reconstructs the trajectory from the crisis triggered by the trade liberalization of the 1990s to the recent agroecological transition programs. It argues that the concepts used to define such action are significant, as they are often appropriated by the market—compelling a reformulation—and that agroecology has emerged less as a production technique than as a way of life guided by food sovereignty, low-entropy systems, and the reproductive logics of *buen vivir* (living well).
Keywords: agroecology; food sovereignty; peasantry; public policy; Mexico.

Introducción

En este escrito se propone realizar una lectura política de la agroecología y de cómo se ha llegado a adoptar el concepto. El concepto de agroecología, si bien preexistente, ha ganado protagonismo y se adopta como política pública desde el sexenio anterior, con programas que impulsan la transición agroecológica. Desde el gobierno se promovieron programas específicos de transición agroecológica como Producción para el Bienestar (DOF, 2022), y Sembrando Vida (DOF, 2019); también se crearon programas académicos y de incidencia, como Pies Ágiles en 2022 (CONAHCYT, 2022) y Fortalecimiento de 6 Territorios-Red Agroecológicos: ForTeRA (fortera, s.f.), derivado del colectivo constituido a partir de Proyectos Nacionales de Investigación e Incidencia (PRONAII) son iniciativas científicas y humanísticas de México vinculadas a los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES) que buscan resolver problemas prioritarios del país mediante la colaboración multidisciplinaria y la incidencia social real de CONAHCYT, posteriormente la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) promueve el doctorado interinstitucional en agroecología (SECIHTI, 2024). En un sexenio la agroecología se ha transformado en una política pública. Si se reconoce que la promoción de la agroecología desde abajo, desde las organizaciones viene de al menos 20 años atrás se confirma que las iniciativas formuladas desde la sociedad civil demoran aproximadamente ese lapso en ser asumidas como políticas públicas o de gobierno (Oszlak y O'Donnell, 1981).

En los últimos años, el término "agroecología" ha ganado presencia en el discurso público (Altieri y Toledo, 2011). El gobierno federal menciona la transición agroecológica, se promueven programas de apoyo y se multiplican las instituciones académicas que incorporan el concepto. Sin embargo, detrás de esa visibilidad existe una larga historia

de luchas, fracasos y aprendizajes. La agroecología no nació en los escritorios ni en las políticas públicas; emergió desde abajo, en los pueblos y con el campesinado que se negó a desaparecer frente a la embestida neoliberal. Fue la respuesta de hombres y mujeres que, ante el abandono estatal y el avance del libre comercio, reinventaron prácticas productivas y defendieron el territorio.

Desde esa experiencia colectiva, aparece la agroecología como una forma de vida que desafía las lógicas del mercado, que rescata los saberes campesinos y que apuesta por la autonomía y la autosuficiencia. Es también una forma de resistencia frente a la modernidad capitalista que pretende uniformarlo todo: los cultivos, las dietas, las relaciones sociales y hasta las ideas. En este ensayo propongo recorrer el proceso por el cual la agroecología mexicana ha pasado de ser una propuesta marginal a convertirse en una bandera política, y más recientemente, en la defensa de un modo de vida. El objetivo del texto es argumentar en favor de la agroecología, tanto por su adaptación al medio ambiente, preservación de la biodiversidad y biculturalidad, y como forma de alcanzar la soberanía alimentaria. Aboga, por tanto, por la intensificación de la transición agroecológica como política pública y de la sociedad civil.

Metodología

Las afirmaciones aquí vertidas se sustentan en una investigación etnográfica participativa entre los otomíes de Temoaya, purépechas de Michoacán y campesinos en Tlaxcala. Asimismo, se ha recolectado información de redes de productores, como la Red Alimentaria Alternativa, La Red Agroecología como Forma de vida y la SPG Tijtoca Nemilitztli.

Los orígenes políticos de la agroecología en México

El nacimiento de la agroecología mexicana no puede entenderse sin mirar la crisis que provocó la apertura comercial de los años noventa. Con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, millones de personas campesinas quedaron fuera del mercado. La entrada masiva de granos subsidiados desde Estados Unidos hundió los precios internos sobre todo en materia de granos básicos (Rubio, 2021).

Cuatro millones ochocientos mil personas campesinas dejaron de producir granos básicos en unos pocos años (Rubio, 2025). Pero no fue solo la competencia de los precios la que acabó con la producción campesina, también incidió la dependencia de las personas campesinas con respecto al apoyo de los programas de gobierno. ¿Qué fue lo que determinó que en muy pocos años tal cantidad de personas campesinas dejaran de producir granos para el mercado? En gran medida fueron políticas que le antecedieron con el retiro de los apoyos gubernamentales. En años previos y durante todo el período denominado de desarrollo estabilizador y de la revolución verde (Gouttefanjat, 2021) diferentes programas de gobierno habían incidido en la producción agropecuaria mediante las llamadas estructuras de soporte, que hicieron a las personas campesinas totalmente dependientes del apoyo gubernamental. Los insumos agrícolas se adquirían mediante préstamos que proporcionaba el Banco Nacional de Crédito Rural (BANRURAL), la cobertura de siniestros la proporcionaba la Aseguradora Agrícola (ANAGSA), otros programas atendían la producción de semillas (Productora Nacional de Semillas, PRONASE) y fertilizantes (Fertilizantes Mexicanos, S.A. FERTIMEX), mientras que otras instituciones intervenían en la transformación y en la comercialización. Atendiendo a las recomendaciones o instrucciones derivadas del consenso de Washington (Bustelo, 2003) en relación con la minimización del estado, a partir de los años 80 se fueron desmantelando las estructuras que habían sostenido la producción campesina durante décadas. Instituciones como BANRURAL, la comisión Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO) o el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), Tabacos Mexicanos, S.A. de C.V (TABAMEX) y FIDHULE —que garantizaban crédito, comercialización y precios de garantía — desaparecieron, dejando el proceso productivo sin respaldo. Productores que habían generado dependencia del gobierno al quedarse sin el soporte institucional de un día para otro, no encontraron la forma de seguir produciendo. Quiebre que afectó principalmente a ejidos y comunidades y a la producción de granos básicos.

El neoliberalismo no solo transformó las estructuras económicas de México: cambió la forma en que pensamos la vida, el trabajo y la naturaleza. La promesa de progreso y competitividad impuso una visión del campo como un espacio ineficiente, destinado a desaparecer o a modernizarse a cualquier costo. En pocos años, millones de personas abandonaron la producción de granos básicos, empujadas por el fin de los precios de garantía, el cierre de instituciones rurales y la importación masiva de maíz y frijol. La

apertura comercial, y el fin de la reforma agraria dieron el remate a una política deliberada de *descampesinización* iniciada con anterioridad.

Neoliberalismo, descampesinización y resistencias

El neoliberalismo no fue solo una política económica; constituyó, sobre todo, una nueva división internacional del trabajo, donde las corporaciones se reservaron para sí los procesos tecnológicos y la transformación, dejando a los países periféricos la provisión de materias primas, y de mano de obra barata para el armado de los productos industriales, mediante la maquila. Además, constituyó una ofensiva civilizatoria. En el campo mexicano, se tradujo en la ruptura de un pacto social que, aunque limitado y paternalista, había sostenido al campesinado durante el siglo XX. El llamado "desarrollo estabilizador" y las políticas agrarias posteriores a la Revolución habían creado una red de instituciones que aseguraban crédito, compra garantizada y apoyo técnico. Esas estructuras mantenían una relación de dependencia con el Estado, pero también ofrecían una base de seguridad.

Cuando esas instituciones desaparecieron, se dejó un vacío. La apertura comercial, la liberalización de los precios y la eliminación de los apoyos gubernamentales quebraron las economías campesinas. En muy pocos años, cerca de 4.8 millones de productores dejaron de producir granos básicos. Muchas personas emigraron a Estados Unidos, otros se emplearon como jornaleros, o con empleos de diversos rubros, mientras que algunos comenzaron a buscar alternativas en la economía local.

Ese proceso, que llamamos descampesinización (Coello, 1981; Ule Muñoz, 2022) y desagrarización (Escalante y Galindo, 2017; Cartón de Grammont, 2009), no fue un efecto colateral: fue una política deliberada. Se trataba de reestructurar el campo mexicano para integrarlo al mercado mundial, expulsando a la pequeña producción campesina y concentrando la tierra en manos de agro empresarios y corporaciones, o en su caso subsumiéndolos a la lógica del capital de las empresas agroexportadoras, mediante la agricultura por contrato (Echanove Huacuja, 2008). Las zonas rurales se convirtieron en territorios de despojo: de agua, de mano de obra, de biodiversidad (Vázquez García, 2017). Pero, paradójicamente, también fueron los espacios donde germinaron nuevas formas de resistencia.

El quiebre de la producción campesina no fue solo económico, fue también simbólico: el campo dejó de ser visto como espacio de producción de alimentos para la población y adoptó la lógica neoliberal de producción de mercancías para la exportación, con el correlato de la importación de alimentos. El discurso del progreso neoliberal promovió la subordinación de la agricultura a las cadenas agroindustriales (Otero, 2014). Sin embargo, el campesinado no se resignó. Muchas personas emigraron, pero otros diversificaron su trabajo, combinaron empleos temporales con producción para el autoconsumo. La diversidad de la milpa se convirtió en pluriactividad (Anjos y Moreno, 2025) lo que quiere decir que una persona, o más bien un grupo familiar, puede recibir ingresos de trabajo asalariado, trabajo autogestionado, recibir remesas y al mismo tiempo seguir con algún tipo de producción agropecuaria, que muchas veces se orienta para el autoconsumo, pero también una parte para la venta. Fue en esos márgenes donde germinó la semilla de la agroecología.

El campesinado no desapareció. Se adaptó, mediante la reconfiguración de estrategias y, en muchos casos, fortaleciendo su sentido de identidad y de defensa del territorio. A falta de apoyo estatal, recuperaron saberes ancestrales, que permiten producir sin depender de insumos industriales, recuperaron el intercambio de semillas, formas de control biológico y de fertilización naturales y los circuitos locales de trueque y venta. En ese proceso, la producción dejó de orientarse exclusivamente al mercado y volvió a valorizar el autoconsumo. Surgió así lo que muchos llamamos la "lógica reproductiva" (Coraggio, 1999; Hinkelammert, 2009; Collin, 2012): producir para la vida, no para la ganancia.

La propia actividad agropecuaria se diversificó. En la actualidad parece haber consenso entre investigadores en que no resulta posible tipificar a las personas productoras en categorías rígidas, porque un mismo productor puede tener una parcela en la que produce con el paquete tecnológico, proporcionado por las compañías de agroquímicos, que se destina para la venta, generalmente a acaparadores; otra parcela donde se produce con semilla mejorada y se destina para forraje y otra que la produce de manera tradicional, conceptualizada actualmente como agroecológica, esta última para el autoconsumo y de la cual solo venden los excedentes. He observado esta lógica en innumerables pueblos y comunidades.

Las personas campesinas manejan en forma combinada varias actividades que pueden incluir la agricultura tradicional o la convencional, el comercio, la migración estacional o la emigración nacional e internacional, las actividades asalariadas, la recolección de productos en ambientes naturales –con y sin manejo- y demás (Jacome, 2005, p. 7).

El campesino o la campesina saben perfectamente qué parte de su cosecha es para la familia, cuál se destina al intercambio y cuál al mercado. Esa división no responde a cálculos contables, sino a una racionalidad social que equilibra las necesidades materiales y simbólicas. La producción de maíz, frijol, calabaza y otras múltiples especies útiles de la milpa, así como las hortalizas del traspatio no solo alimentan: sostienen vínculos, aseguran autonomía y preservan el conocimiento local.

Esa economía de la reproducción es también una forma de resistencia frente al capital. Mientras el neoliberalismo promueve la eficiencia, la estandarización y la maximización del rendimiento, el campesinado apuesta por la diversificación, la flexibilidad y la suficiencia. Esa diferencia no es solo técnica, es epistemológica: mientras el mercado mide el éxito en términos de ganancia, las comunidades lo miden en términos de bienestar, equilibrio y continuidad.

Un poco de historia: De lo orgánico a lo agroecológico

En un primer momento, en los noventa cuando ocurre el quiebre repentino, no se recurrió al concepto de agroecología, la primera opción fue la producción de orgánicos para exportación, sobre todo con el sector del café, cuya crisis había afectado a millones de personas campesinas e indígenas (Ortega Hernández y Ramírez Valverde, 2012). En años previos, los del auge del café, el gobierno había estimulado a que miles de pequeños productores abandonaran la milpa para dedicarse al monocultivo del café. Con el colapso del Convenio Internacional del Café en 1989, se plantea la posibilidad de compensar la caída de los precios, orientando el producto hacia consumidores dispuestos a pagar más por un producto orgánico. Es cuando ciertas organizaciones ven en la producción orgánica una alternativa; ¿por qué?, en primer lugar, por la posibilidad de vender el café en un nicho de mercado, dispuesto a ser solidario con los pobres y que habían asumido el discurso ecológico en contra de los fertilizantes, la alimentación sana y la defensa de la naturaleza. La exportación de café orgánico resultó una solución para grupos organizados: organizaciones constituidas previamente, producto tanto

de la promoción gubernamental, como de organizaciones de la sociedad civil acostumbrados a consolidar su producción. A esta alternativa se la denominó Comercio Justo y pronto se extendió a otros productos (González y Nigh, 2005). El Comercio Justo en Europa logró expandirse rápidamente: "… 60.000 voluntarios implicados en 15 países europeos, se han creado 4.000 empleos en 3.500 *Magasin du monde* (Tiendas del Mundo) y su tasa media de crecimiento es del 20% anual…" (Eme y Laville, 2004, p. 45), decayendo con posterioridad a la crisis de 2009. Pero la pequeña producción campesina no se benefició, porque por su escala, no poseen los volúmenes ni la estandarización para poder exportar, tampoco tienen la capacidad económica para pagar los altos costos de la certificación por terceros. Además, que, rápidamente a ese nicho de mercado lo cooptó el mercado convencional. Al poco tiempo los supermercados comenzaron a incluir góndolas de productos orgánicos, de manera que motivó al sector empresarial, a volverse orgánicos, para proveer la demanda creciente.

Durante los años noventa y principios de los dos mil, muchos productores encontraron en la llamada "agricultura orgánica" una salida posible. Sin embargo, esa vía pronto mostró sus límites. Las certificaciones eran costosas, las exigencias del mercado internacional excluían a la pequeña producción campesina y el discurso ambiental se transformó en un negocio. El resultado fue la apropiación del término "orgánico" por las grandes empresas, que lo convirtieron en una etiqueta de lujo para consumidores urbanos. Lo que comenzó como alternativa terminó subordinado a la lógica capitalista. Una estrategia de resistencia se convirtió en un negocio dominado por intermediarios y empresas. Así, el término "orgánico" fue absorbido por el mercado y vaciado de su sentido original.

Esa experiencia dejó una lección importante: cada vez que los movimientos alternativos crean un concepto poderoso, el mercado tiende a cooptarlo y desnaturalizarlo. Pasó con lo orgánico, con la economía verde y con la economía circular. Por eso fue necesario reinventar la palabra, y ahí emergió con fuerza el concepto de agroecología para recuperar el sentido político del trabajo campesino. La agroecología se levantó como una bandera reivindicativa de la pequeña producción campesina.

La agroecología se encuentra ante una encrucijada, frente a la importante batalla que entraña su posible cooptación por parte del sistema establecido. Por parafrasear una sentencia de atribución apócrifa, difundida como si fuera de Gandhi: "Primero, te ignoran; después se ríen de ti; más tarde luchan contra ti; después intentan cooptarte; y finalmente

se adueñan de tu idea, vaciándola de su sentido original, reemplazándolo por el suyo y recibiendo méritos por ello" (como se citó en Rosset y Altieri, 2018, p. 25).

Es en el contexto de la apropiación de lo orgánico por las corporaciones, tanto de producción como comerciales, cuando el concepto ya existente de agroecología, se levanta como bandera política. El concepto de agroecología tiene una dimensión técnica, que remite al origen de los insumos, pero también una dimensión política y social en tanto tiene como sujeto al campesinado. Suele corresponder con la pequeña producción. Así, la primera distinción va a ser la superficie trabajada, por lo general por el grupo familiar. En consecuencia, se produce y vende en pequeña escala, por tanto, carecen de acceso a lo que los neoliberales planteaban como opción en aquella época, la exportación o venta a cadenas de supermercados y que estos tengan su estante de productos locales. Esta afirmación no se limita a un análisis teórico, en campo se han constatado múltiples experiencias de frustración cuando intentan vender a las cadenas de supermercados (Lugo-Morin, 2013). Recurro al termino frustración y no al de fracaso, porque no puede adjudicarse a las personas productoras sino a los sistemas comerciales de las empresas. En primer lugar, por la lógica comercial que manejan: pago diferido a noventa días, reducción de mermas, además requieren condiciones de estandarización, y en ocasiones marca registrada (Regeneración, 2017).

En ese sentido, la agroecología se levantó como una bandera política. Su objetivo no era solo producir de manera más sustentable, sino reivindicar al campesinado como protagonista de la transformación. A diferencia de la agricultura orgánica orientada a la exportación, la agroecología puso en el centro la soberanía alimentaria, la autosuficiencia y el derecho de los pueblos a decidir qué y cómo producir.

Agroecología como forma de vida

El concepto de agroecología constituye un concepto académico, generado a partir de las investigaciones realizadas por profesionales. Así lo reconocen Altieri, Toledo, Rosset y otras personas investigadoras (Altieri y Toledo, 2011; Rosset y Altieri, 2018). Tal reconocimiento no es compartido por todo el gremio agronómico, ni siquiera los que asesoran al campesinado. Suele suceder que otros profesionales de la agroecología se queden solo con la definición de científico y se olviden de su dependencia con respecto a

los saberes y siglos de experimentación, por parte del campesinado. De manera que caen en abstraer los aspectos técnicos de los epistemológicos que caracterizan el pensamiento del campesinado, en permanente diálogo con la naturaleza.

Nos enfrentamos a una disputa entre dos maneras radicalmente distintas de concebir la agroecología: una técnica y tecnocéntrica, cientificista e institucional, y la otra "popular", "de los pueblos", que es profundamente política y que preconiza la justicia distributiva y una profunda transformación del sistema alimentario (Rosset y Altieri, 2018, p. 188).

Esta dislocación la hemos comprobado en campo donde a los asesores les importa que los insumos productivos sean los correctos, pero en vez de entender la diversidad como asociación, la entienden en camas separadas o como rotación de cultivos. Tampoco entienden que para el consumo o la venta en mercados locales la siembra requiere ser escalonada, para que no salga toda la producción al mismo tiempo. Cuando los egresados de las carreras de agronomía miran la milpa, ven desorden; cuando el campesinado la mira, ve armonía. Esa diferencia de mirada es política: se trata de quién define qué es racional y qué no lo es. La agroecología como forma de vida reivindica esa otra racionalidad, la que produce alimentos y comunidad al mismo tiempo.

La propagación de la agroecología en México corrió en forma paralela con la de los mercados alternativos que vinculan a productores y consumidores (Roldán Rueda, et al, 2016). Estos espacios fueron también escuelas vivas de aprendizaje. Allí comprendimos que la agroecología no era simplemente producir sin agroquímicos, sino producir con otra lógica. Aprendimos que la diversidad es más que una técnica: es una manera de entender la vida. Donde no se producen mercancías para la venta sino bienes para el consumo y se intercambian los excedentes. Que la asociación de cultivos —el maíz con la calabaza, el frijol con el quelite— no solo mejora el suelo, sino que expresa una filosofía de convivencia y complementariedad, que se hace extensiva a las relaciones sociales. También comprendimos que la agroecología, como práctica precedía a su conceptualización como tal, que la habían practicado las personas campesinas durante milenios. Por eso, cuando más tarde el Estado empezó a hablar de transición agroecológica, muchas comunidades ya llevaban años practicándola sin nombrarla así. La agroecología institucional llegó como política pública después de que la sociedad la había construido en la práctica.

Se trata de una epistemología que se opone radicalmente a la lógica del monocultivo industrial, que homogeniza, separa y destruye. La milpa, en cambio, es una metáfora del

mundo campesino: un sistema donde nada sobra, donde cada elemento cumple su función y donde la abundancia se mide no por la cantidad, sino por la diversidad y la suficiencia.

Por eso sostenemos que la agroecología no se trata solo de métodos agrícolas, sino de una ontología y una epistemología distinta: una manera de entender el mundo, de relacionarse entre los seres humanos y con la naturaleza, orientada a la reproducción de la vida y de la naturaleza. Es una lógica que parte de la interdependencia, la complementariedad y el sentido de armonía (Collin, 2017).

Para señalar la diferencia entre la visión que separa la técnica del sentido de la producción, fue que, en 2018 se constituyó la red AFOVI, que significa la Agroecología como Forma de Vida. El sentido de cambio de nombre fue el de reconocer que el concepto de agroecología funcionó durante unos quince años como bandera política, pero ahora tenemos que pasar a un tercer tránsito: de lo orgánico, a lo agroecológico y ahora a la agroecología como forma de vida. Supone el rescate las lógicas campesinas en otro sentido, no solamente en los aspectos tecnológicos, sino en la visión que tienen de la producción y también de la vida. Un concepto que enlaza con la propuesta mesoamericana y andina del Buen Vivir (Albó, 2011; Huanacuni-Mamani, 2010; Medina, 2011).

Crear nuevos conceptos permite visibilizar aspectos que no veíamos, por la denominada ceguera cognitiva (Galindo, 2020). La ceguera cognitiva deriva del hecho de no tener palabras para nombrar algo y al no poderlo nombrar, se ignora. Por ejemplo, desde la lógica productivista de mercancías, todo lo que produce el suelo que no puede venderse se denomina malezas inservibles, para lo que desarrollan herbicidas. Pero resulta que las ‘malezas’ no son plantas inútiles, muchas tienen usos y son benéficas, por tanto, fue necesario buscar otro concepto, entonces surgió el concepto de arvenses. La hierba era un concepto despectivo, para referir a algo negativo que se requiere erradicar. Al adoptar el concepto de arvense, se reconoce su utilidad y la utilidad puede ser como alimentos (lo quelites), como forraje, como medicinas mientras otras que sirven para proteger otros cultivos: se dejan arvenses para alimentar a insectos como los chapulines, es decir, sirven para el control biológico. El cambio en el concepto permite ver lo que antes no se veía: la asociación, la interdependencia. Constituyen miradas diferentes, los propulsores del monocultivo consideran que cualquier otra planta compite con el desarrollo de la que se quiere obtener. En sentido contrario desde la lógica campesina, muchas plantas son complementarias e interdependientes, por esos se las deja que crezcan

asociadas. La asociación más reconocida: la del maíz, frijol y calabaza tiene un sentido de interdependencia: no es solamente por el producto de la calabaza, sino porque la calabaza gracias al tamaño de sus hojas proporciona una cobertura al suelo y mantiene la humedad, el maíz presta su caña para que se enrosque el frijol y este proporciona nutrientes al suelo. La asociación y la interdependencia constituyen conceptos que van más allá de la rotación de cultivos o la diversidad, refiere a la asociación funcional.

Las reflexiones anteriores se vinculan con el aspecto productivo que la agronomía puede reconocer. A este se puede agregar el sentido de la producción: qué se produce, la distinción entre bienes para el autoconsumo y mercancías. Cuando uno produce mercancías, la idea es cosechar y vender; cuando uno produce bienes para el consumo, también importa la diversidad, pero para tener mayor variedad de la dieta. Una dieta de un solo producto sería muy monótona. Por eso también nos dimos cuenta de que al hablar únicamente de la milpa estábamos escondiendo al traspatio, aprendimos a decir: la milpa y el traspatio. Entender que la milpa y el traspatio son conceptos complementarios y que representa una división genérica del trabajo, donde el hombre hace la milpa que es el trabajo más pesado y la mujer es la que mantiene el traspatio, de donde procede buena parte de los alimentos cotidianos. Reconocer esa distribución no supone naturalizarla: el traspatio, invisibilizado como trabajo, sostiene la reproducción alimentaria de la unidad doméstica.

Cuando se producen bienes y no mercancías, también cambia el sentido de la venta, que se adapta a la lógica campesina. El campesinado, en los mercados tradicionales, no vendía toda su producción al momento de la cosecha, a menos que fuera un producto que no consumiera, por ejemplo, el café; el café lo vendían con el acaparador. Pero del frijol, del propio maíz, o el haba, portaban un costalito para traer aceite, azúcar, otros productos del mercado no disponibles, cuando hubo energía eléctrica para los focos, para pagar alguna deuda, es decir en función de comprar lo que no podían producir. A ese tipo de intercambios (Marx, 1867/2014), lo denominó intercambio mercantil simple y lo sintetizó en la fórmula mercancía-dinero-mercancía (M-D-M). Es decir, el vínculo entre lo que se necesita y lo que se vende en función de satisfacer necesidades de reproducción social. A eso le hemos llamado la lógica reproductiva. ¿Qué es la lógica reproductiva?, el concepto es muy viejo, viene de Polanyi (1977/2009), supone producir para satisfacer las necesidades, que, en algún momento, podría limitarse a producir alimentos, y otros bienes y servicios accesibles mediante las relaciones de reciprocidad en el espacio local. Hoy en

día los satisfactores se han multiplicado, se requieren bienes no disponibles: se requiere pagar la luz, comprar gasolina, es decir, hay una serie de requerimientos en dinero, que implican tener que vender parte de la producción, tener un pie en el capitalismo y un pie en la lógica reproductiva.

La lógica capitalista es la de la reproducción ampliada del capital, con la fórmula dinero-mercancía-dinero (D-M-D). En el caso de la producción agraria se necesita dinero antes de producir, para adquirir el paquete tecnológico: agroquímicos, maquinaria, gasolina y pagar mano de obra, por tanto, se vende la producción para recuperar la inversión y obtener ganancia.

Parte del campesinado ha aprendido a combinar ambos sentidos de la producción sin confundirse. Saben perfectamente cuál es la parte que producen para el mercado y cuál es la parte que hacen para la reproducción social. Algunas parcelas se cultivan con el paquete tecnológico y son para la venta, mientras otras con los sistemas tradicionales, con insumos propios, sobre todo las semillas nativas. En campo he recogido expresiones como "yo de esa porquería no como" refiriendo a lo que producen con agroquímicos y semillas hibridas o mejoradas. Para sí producen con los sistemas tradicionales, hoy denominados agroecológicos. Ellas, las personas campesinas, tienen perfectamente claro cuál es el producto para su reproducción social, que es el producto de calidad, nutritivo y culturalmente pertinente.

El campesinado sabe moverse entre mundos: venden parte de su producción cuando necesitan dinero, pero mantienen su parcela para el consumo familiar. Producen para el mercado, pero también para la vida. Esa flexibilidad, lejos de ser una debilidad, es su mayor fortaleza. Es lo que les ha permitido resistir más de treinta años de políticas que buscaban borrarlos del mapa.

La necesidad de dinero para la satisfacción de las necesidades con bienes que no pueden producir localmente, ya sea por condiciones ambientales o por ser productos industriales, puede llevar a recurrir a la pluriactividad, o a tener que adoptar las tecnologías que demandan los acaparadores. Pero también puede apelar a la venta de los excedentes de los propios productos agroecológicos, que, en pequeña escala, requieren de mercados locales especializados. De allí que el crecimiento de la agroecología haya corrido en forma paralela con la de los mercados alternativos.

Mercados alternativos y autogestión.

Paralelamente al surgimiento de la agroecología como bandera política, como movimiento social, comienzan a surgir los mercados alternativos. Los mercados alternativos empiezan a multiplicarse con el siglo. Como antecedentes se puede mencionar a la Red Mexicana de Comercio Comunitario (REMEC), que realizaba ferias esporádicas en atrios de iglesias, y una feria anual en Dolores Hidalgo, Guanajuato, pero carecían del arraigo territorial y la periodicidad que van a tener los mercados alternativos a partir de los años dos mil. Estos mercados alternativos locales, paulatinamente se difunden por todo el país (Roldán Rueda, et al., 2016) y se multiplican en la pandemia, cuando adquieren la modalidad de vender en línea (Collin, 2021). Presentan diferentes características, por ejemplo, en el norte del país, predominan las canastas: al igual que en los países nórdicos, en Estados Unidos y Canadá. En el sur, pareciera que nos gusta más la idea del tianguis, el tianguis como hecho social, de convivencia, donde compartir alimentos, no solo comprar. En los mercados alternativos se vende, pero también se convive, se intercambian saberes y se tejen solidaridades. El tianguis se convirtió en un espacio político: un lugar donde los consumidores miran a los ojos de las personas productoras, donde se reconocen mutuamente, se construye confianza y se tejen lazos sociales personales. Se reconstruye el tejido social entre personas. Esos espacios fueron fundamentales para transformar no solo la producción, sino la subjetividad. Muchos de los que participamos en estos procesos dejamos de pensar como "vendedores" o "compradores" para reconocernos como parte de una misma comunidad alimentaria: las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) (Rosas-Domínguez y Aguilar, 2024). El acto de consumir se volvió también un acto de conciencia, una forma de compromiso con la tierra y con quienes la trabajan.

Desde entonces los mercados se han multiplicado y diversificado incorporando la transformación de las materias primas que permiten sustituir productos que hasta ahora solo producían las empresas trasnacionales. Hoy en día además de productos hortícolas, frutícolas, cárnicos y lácteos, por lo general certificados como agroecológicos, se puede encontrar productos de higiene tanto personal como para uso domésticos, productos de belleza, bebidas con y sin alcohol, conservas en general y botanas saludables, entre otros productos.

Pero siguen presentando ciertas características, que llevan a que muchos posibles consumidores los consideren mercados elitistas, para ricos. Esta situación deriva de la persistencia de la lógica mercantil, que se arrastra desde el comercio justo, de trasfondo caritativo, que precisamente refería a que los consumidores ricos pagaran más por un producto. Esta idea de producir para consumidores ricos ha derivado en que algunos productores no consuman sus productos, ni intercambien entre sí, y que usen el dinero obtenido para comprar en los mercados convencionales y supermercados donde los productos son más baratos. Estas prácticas niegan o impiden realizar los fines de los mercados alternativos que refieren a la circulación de bienes y dinero entre sí, generando economías locales (Collin, 2014). Tampoco se logra totalmente el impacto sobre la nutrición de las personas productoras, pues producen para vender.

Los mercados alternativos, si bien responden a la necesidad de la pequeña producción campesina de vender a pequeña escala siguieron apelando a un tipo de consumidor, que en un primer momento lo definíamos como el consumidor consciente. El consumidor consciente presenta características diferenciales, entre las que puede mencionarse la preocupación por los pobres y el calentamiento global, pero también un núcleo importante ansioso por la salud, la alimentación. La preferencia de cada cual va a distinguir tipos de consumidores. Una investigación sobre preferencias de los consumidores de productos orgánicos, identificó dos clústeres:

El primer clúster se integró por consumidores con deseos altruistas-colectivos preocupados por el ambiente y la sociedad y el segundo clúster por consumidores con deseos hedónicos-individuales caracterizados por una preocupación hacia su salud y apariencia (Leyva Hernández y Toledo López, 2024)

La diferenciación entre clústeres donde se agrupan las preferencias de los consumidores puede vincularse a la historicidad de los mercados, en un primer momento vinculados a la teología de la liberación (Collin, 2012) con un trasfondo católico caritativo protagonistas de los primeros mercados y del comercio justo. A este se suma una tendencia de nueva espiritualidad, New Age que se difunde en los noventa, mezcla de orientalismo con mexicanismo y la moda vegana, vegetariana que se convierte en tendencia y nicho de mercado. Ese consumidor va a encontrar en los mercados alternativos los productos sanos que prefiere. Pero ese consumidor es un consumidor urbano, un consumidor de

capacidades adquisitivas mayores que, en algunos casos, representa un nicho de mercado que, evidentemente, puede y está dispuesto a pagar un precio mayor.

Con la proliferación de mercados en todo el país, se evidencia cierta elitización tanto por el tipo de consumidores a los que se orientan, como por las personas productoras. En la mayoría de los mercados además del campesinado, se suma un sector de transformadores diversos, muchos de ellos de procedencia urbana, varios con formación universitaria, que proveen productos para un target de consumidores que aspiran a una dieta específica. Varios de los que entrevistamos comenzaron produciéndolos para su propio consumo y posteriormente decidieron también venderlos. Otros jóvenes se dedican a la transformación de los productos primarios. El resultado ofrece una gama de productos innovadores diferentes a la dieta cultural. La innovación es bienvenida, colabora a la diversificación de los mercados. El problema radica en los costos, que hacen que la percepción externa, pero también interna, los considere fuera del alcance del sector popular, o simplemente de una familia numerosa. Se podrá argumentar que un pollo engordado en pocos días a base de hormonas y antibióticos no solo no alimenta, sino que también presenta riesgos para la salud, mientras que uno de rancho es saludable, pero si este último triplica el precio con respecto al comercial, se entiende que muchos persistan en comprar el barato. La percepción de los mercados como elitistas, fuera del alcance de los consumidores se manifiesta en las personas reacias a concurrir a los mercados alternativos, pero también al interior de los mismos, donde se detectó la falta de intercambios entre los integrantes del mercado. También se detectó que algunos de las personas productoras, para su consumo, recurren a los supermercados.

Popularizar los mercados agroecológicos: desafíos actuales

El consumo y la producción corren por caminos paralelos. La promoción oficial de la transición agroecológica si logra aumentar la oferta puede enfrentar un escollo si no atiende paralelamente la demanda. Las transferencias monetarias a las personas productoras, como las que proporciona el programa de la Secretaría de Bienestar: Sembrando Vida, sin duda representan un aliciente, que puede incentivar la producción y la transición agroecológica, pero ¿qué sucederá cuando el flujo de dinero se corte? ¿seguirán produciendo si además de mejorar su dieta, no encuentra canales para la venta de los excedentes? Si no se considera

el problema de la comercialización, es probable que la transición agroecológica se frustre cuando terminen los programas de estímulo, como ha sucedido con anterioridad con muchos programas de gobierno.

Tal como se planteó en páginas precedentes, la comercialización de la pequeña producción campesina difícilmente puede acceder a la venta mayorista a supermercados, o a la exportación. Por su parte las ferias ocasionales organizadas por los responsables de los programas no resultan suficientes, y las compras consolidadas para surtir programas de gobierno o las tiendas de bienestar presentan similares problemas que las ventas mayoristas. En ese contexto, los mercados alternativos han demostrado operar como un medio eficiente para la venta de productos agroecológicos. El problema es que, por el momento, la percepción social es que se trata de mercados elitistas. Efectivamente, muchos se encuentran ubicados en espacios donde concurren personas con mayor poder adquisitivo, los precios duplican o triplican los del comercio convencional, y algunos de los productos ofertados pueden ser considerados gourmet o al menos especializados.

El siguiente desafío que presenta la transición agroecológica, es cómo popularizar los mercados y por tanto incrementar el acceso a los productos sanos, nutritivos y culturalmente pertinentes a la mayoría de la población, de manera que aporten a la soberanía alimentaria. Un ejemplo pertinente lo constituyen los mercados alternativos de Tlaxcala donde, desde la creación del mercado ubicado en la capital de Tlaxcala, las personas productoras definieron que era para consumo popular, y que los precios no estarían muy por arriba de los precios convencionales. El resultado ha sido su permanencia y la presencia de consumidores locales (Pérez Sánchez y Monachon, 2015).

¿Qué se puede hacer para popularizar los mercados? Ahí es donde entra la discusión en torno a las políticas públicas, ¿qué tanto son necesarias y que tipo de políticas públicas se requieren? El tema resulta complejo porque hay políticas públicas que generan dependencia, como el ejemplo de las estructuras de soporte que volvieron a las personas campesinas dependientes de los programas gubernamentales cuando el gobierno comercializaba, producía los fertilizantes, proporcionaba el crédito.

Uno de los factores de éxito de la mayoría de los mercados alternativos aquí reseñados, es que han sido autogestivos y que manifiestan el deseo de mantener la autonomía. Entonces se requiere pensar en políticas públicas que no generen dependencia. Una posibilidad sería volver a los mercados de pueblo y por colonias, que cada pueblo, que

cada colonia tuviera un día de mercado. Muchos ya lo tienen; pero en mi experiencia, los productos que se ofertan provienen de las centrales de abastos. En el caso de los mercados existentes, la política podría consistir en su regulación, para que un porcentaje fueran productos locales, y certificados como agroecológicos o en transición. La certificación se puede lograr mediante la certificación participativa, o SPG que verifique si realmente son productos locales y si son productos locales en transición. Políticas públicas que se centren en el control de la normatividad y la apertura de espacios para propiciar la producción y el consumo locales.

Otra oportunidad para la popularización del consumo de productos locales en transición agroecológica se encuentra en la aplicación de los lineamientos emitidos por la Secretaría de Educación Pública (SEP) en el marco del programa "Vida Saludable" (SEP, 2024) que prohíbe la venta y promoción de alimentos y bebidas no saludables, como refrescos, frituras, dulces y panecillos empaquetados, en todas las escuelas del país. Como se mencionó la compra consolidada de productos agroecológicos no constituye una opción. Ya se ha intentado pero la pequeña producción campesina no puede acceder a tal escala. Lo que si pudiera funcionar es que, en cada escuela, se promoviera la constitución de una cooperativa para que prepararan los desayunos con productos locales, y si ya no se encuentran en la zona incentivar su producción local. De esa manera se podría concretar la alimentación sana y culturalmente pertinente de los niños, proporcionar trabajo digno a las personas de la comunidad, e incentivar la producción local de alimentos a pequeña escala. Si ambas iniciativas se concretan la cooperativa puede comprar a las personas productoras locales en el mercado local.

Conclusión

Una de las conclusiones, cuando se observan los cambios, las transformaciones y los aprendizajes en el trascurso de la transición agroecológica y de las redes alimentarias alternativas, es que los conceptos, es decir la forma como definimos nuestro accionar, sí importan. Los conceptos los tenemos que ir cambiando, en parte porque se los apropia el mercado, y tenemos que inventar otro, para diferenciarnos. Pero también para que reflejen el sentido de lo queremos hacer. El horizonte de la transformación que en el momento puede ser considerado una utopía, pero que guía la acción. Asumir prácticas

prefigurativas del mundo en el que se desea vivir. El horizonte de la soberanía alimentaria es "El derecho de los pueblos a alimentos saludables y culturalmente apropiados, producidos mediante métodos ecológicamente respetuosos y sostenibles, y su derecho a definir sus sistemas alimentarios y agrícolas" (La Vía Campesina, 2023, párr. 1). Esa organización sostiene que los modos de producción agroecológicos impulsados por el campesinado son fundamentales para garantizar una alimentación saludable en armonía con la naturaleza (La Vía Campesina, 2023).

Es decir, apostamos por sistemas de baja entropía, que son sistemas que siguen la lógica campesina donde los insumos no se compran en el mercado a las grandes transnacionales, sino que se autoproducen y se producen a pequeña escala, de manera paulatina y no en producciones masivas. Pero también por las lógicas reproductivas donde se produce para satisfacer las necesidades, en armonía y apostando al buen vivir.

En los diversos movimientos alternativos que pululan tanto en México como en otras partes, hemos logrado aprendizajes a fuerza de errores, de ingenuidad, o por la tendencia a la reproducción del pensamiento dominante, el pensamiento hegemónico tan interiorizado que resulta difícil desprenderse del mismo. La capacidad reflexiva y de autocrítica conduce a la rectificación y a probar otros caminos de reflexión a crear nuevos conceptos.

La agroecología como forma de vida constituye un modo sustentable de relación de los seres humanos con la naturaleza, que aporta a la alimentación saludable y a recuperar las dietas culturalmente pertinentes y a la regeneración del tejido social. Supone también una epistemología diferente que privilegia la diversidad y la complementariedad, en sustitución de la individualización y la competencia, y en ese sentido una opción de vida y de buen vivir. En caso de ser asumida como política pública habrá de hacerse con el campesinado, respetando sus saberes, la diversidad de los mismos, generalmente adaptados a los diversos territorios o ecosistemas. Si se pretende un política homogénea y desde arriba, y su masificación seguramente se repetirán los fracasos de muchos proyectos bien intencionados que no consideraron el sentir y la cultura de la gente.

Finalmente, el conocimiento constituye siempre un proceso en permanente construcción.

Declaraciones éticas

Declaración de uso de inteligencia artificial generativa. La autora declara que en la elaboración de este capítulo no se utilizaron herramientas de inteligencia artificial generativa para la producción de contenido sustantivo, análisis, redacción o conformación de los argumentos teóricos aquí expuestos. Las ideas, la sistematización conceptual y la redacción final son de su entera autoría y responsabilidad, conforme a las Directrices COPE 2024 sobre uso de inteligencia artificial adoptadas por El Colegio de Tlaxcala, A. C.

Declaración de financiamiento. La autora declara no haber recibido financiación alguna para la realización de la presente investigación.

Declaración de conflicto de intereses. La autora hace explícito su compromiso militante con la defensa del campesinado, los mercados alternativos y las organizaciones que impulsan la producción campesina y la alimentación saludable. Ese posicionamiento no constituye un conflicto de intereses en los términos de COPE 2024: la autora no recibe remuneración de institución alguna por estas actividades ni está sujeta a condicionamientos institucionales que hayan influido en el desarrollo, el análisis o la elaboración del presente capítulo.

Declaración de originalidad y envío único. La autora declara que el capítulo es original, no ha sido publicado previamente en ningún medio impreso o digital y no se encuentra en proceso de revisión en otra publicación. Todas las fuentes consultadas se citan adecuadamente conforme a las normas APA, séptima edición. No se incurre en autoplagio ni en reproducción no autorizada de material ajeno.

Declaración de ética de la investigación con personas. El capítulo se sustenta en trabajo etnográfico participativo realizado con consentimiento informado de las personas participantes y de las autoridades comunitarias correspondientes, con resguardo del anonimato de quienes fueron citados. Las expresiones reproducidas se consignan sin datos que permitan identificar a sus emisores. La investigación se condujo conforme a los principios éticos de la antropología social; en su momento no medió la evaluación de un comité formal de ética.

Contribución de autoría (CRediT). Laura Beatriz Collin Harguindeguy: conceptualización, metodología, investigación, análisis formal, validación, redacción (borrador original) y redacción (revisión y edición).

Declaración de permisos de terceros. El capítulo no incorpora figuras, tablas ni material sujeto a derechos de terceros.

Referencias

Aguilar, E. E. y Collin, L. (2021). Mercados alternativos en el centro de México Tensiones entre lo digital y lo presencial durante la pandemia. *Sudamérica. Revista de Ciencias Sociales* 15, 229–254. https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/issue/view/265/showToc

Albó, X. (2011). Suma qamaña = convivir bien. ¿Cómo medirlo? En I. Farah y L. E. Vasapollo, *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?* CIDE-UMSA/ Sapienza. Universita di Roma / OXFAM.

Altieri, M. y Toledo V. M. (2011). The agroecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignity and empowering peasants (La Revolución Agroecológica en América Latina. Rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesino). *The Journal of Peasant Studies, 38*(3), 587–612. https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/03066150.2011.582947

Anjos, F. S. y Moreno, I. L. (2025). Estrategias rurales en tiempos líquidos: pluriactividad y modernidad en Latinoamérica. *Revista de Economía e Sociología Rural, 63*. http://dx.doi.org/10.1590/1806-9479.2025.294828.

Bustelo, P. (2003). Desarrollo económico: del Consenso al Post-Consenso de Washington y más allá. En *Estudios en homenaje al profesor Francisco Bustelo* (pp. 741–756). Editorial Complutense.

Cartón de Grammont, H. (2009). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia, 16*(50), 13–55. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352009000200002.

Coello, M. (2024). ¿Recampesinización en la descampesinización? *Revista Mexicana de Sociología, 43*(1), 329–342. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1981.1.61622

Collin, L. (2012). *Economía Solidaria ¿Capitalismo Moralizado o movimiento contracultural?* El Colegio de Tlaxcala, A. C.

Collin, L. (2014) *Economía Solidaria: local y diversa*. El Colegio de Tlaxcala, A. C. / Centro Argentino de Etnología Americana.

Collin, L. (2017). La milpa campesina mesoamericana. Más que una forma de producción, una manera de vivir, pensar y sentir. *Altera, 2*(5), 104–128.

Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT). (2022). *Pies Ágiles: Soberanía alimentaria*. https://alimentacion.conahcyt.mx/piesagiles/

Coraggio, J. L. (1999). De la reproducción del capital a la reproducción de la vida. *Economía Solidaria.* https://base.socioeco.org/docs/coraggio_persp_altern_esp.pdf.

Diario Oficial de la Federación (DOF). (2019, 2 de enero). *ACUERDO por el que se emiten los Lineamientos de Operación del Programa Sembrando Vida*. Diario Oficial de la Federación. https://www.gob.mx/bienestar/documentos/lineamientos-de-operacion-del-programa-sembrando-vida

Diario Oficial de la Federación (DOF). (2022, 30 de diciembre). *ACUERDO por el que se dan a conocer las Reglas de Operación del Programa Producción para el Bienestar de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural para el ejercicio fiscal 2022*. https://dof.gob.mx/#gsc.tab=0

Echanove Huacuja, F. (2008). Globalización, agroindustrias y agricultura por contrato en México. *GEOGRAPHICALIA, 54*, 45–60. https://doi.org/10.26754/ojs_geoph/geoph.2008541096

ECOSUR. (2026). *Doctorado Nacional en Agroecología*. CONAHCYT/ CIAD /ECOSUR /INECOL / CICY /CIQA / IPICYT / CIB / CIATEJ. https://www.ecosur.mx/doctorado-en-agroecologia/

Escalante, R. C. y Galindo, H. (2017). Desagrarización en México: tendencias actuales y retos hacia el futuro. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, *59*, 87-116. https://www.redalyc.org/pdf/117/11759004.pdf

ForTeRa. (s.f.). *Tejiendo Redes Agroecológicas*. CONAHCYT / UAM / Universidad La Sallle. https://fortera.mx/

Galindo, A. (2020). El cuidado de la vida: una experiencia sustantiva y relacional de la economía. *Temas de Economía, 1*(1), 123–160. https://sobremexico-revista.ibero.mx/index.php/Revista_Sobre_Mexico/article/view/52

González, A. A. y Nigh, R. (2005). ¿Quién dice qué es orgánico? La certificación y la participación de los pequeños propietarios en el mercado global. *Gaceta Ecológica, 77*, 19–33. https://www.redalyc.org/pdf/539/53907702.pdf.

Gouttefanjat, F. (2021). Revolución Verde, neoliberalismo y transgénicos en México: hacia una subordinación del maíz al capital. *Forhum International Journal of Social Sciences and Humanities*, *3*(4), 108–119. https://doi.org/10.35766/j.forhum2021.04.03.9.

Hinkelammert, F. J. (2009). *Economía, Sociedad y Vida Humana. Preludio a una segunda crítica de la economía política*. UNGS / Altamira.

Huanacuni-Mamani, F. (2010). *Vivir Bien / Buen Vivir. Filosofía, Políticas y experiencias regionales.* Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI).

Jacome, A. S. (2005). *Los nuevos caminos de la agricultura.* Ibero.

La Vía Campesina. (2023). *¿Qué es la soberanía alimentaria?* https://viacampesina.org/es/que-es-la-soberania-alimentaria/.

Leyva Hernández, S. y Toledo López, A. (2024). Perfiles de consumidores de alimentos orgánicos de mercados locales alternativos. En E. Cruz Domínguez, *Economía Social y Solidaria y Comercio Justo en México* (pp. 118–136). Corporación Universitaria Americana. https://zenodo.org/records/14042781

Lugo-Morin, D. R. (2013). Supermercados, estrategias y pequeños productores hortícolas en el municipio de Acatzingo: el caso Walmart. *Economía, Sociedad y Territorio*, *XIII*(42), 315–349.

Marx, K. (2014). *El capital. Crítica de la economía política* (Tomo I). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1867).

Medina, J. (2011). Acerca del Suma Qamaña. En I. Farah y L. Vasapollo, *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?* (pp. 39–64). CEDES-UMSA / Sapienza / OXFAM.

Ortega Hernández, A. y Ramírez Valverde, B. (2012). Crisis de la Cafeticultura y Migración en el Contexto de Pobreza y Marginación. El Caso de los Productores Indígenas de Huehuetla, Puebla. *Ra Ximhai*, *9*(1), 173–186.

Oszlak, O. y O´Donnell, G. (1981). *Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación*. CEDES / CLACSO.

Otero, G. (2014). *La dieta neoliberal: Globalización y biotecnología agrícola en las Américas*. UAM / Porrúa.

Pérez Sánchez, J. R. y Monachon, D. (2015). La historia del mercado alternativo de Tlaxcala y su resistencia frente al mercado neoliberal. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas, 2*, 497–505.

Polanyi, K. (2009). *El Sustento del Hombre*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1977).

Regeneración. (2017, 27 de febrero). *Walmart ahorca al campo mexicano y viola la ley*. https://regeneracion.mx/walmart-ahorca-al-campo-mexicano-y-viola-la-ley/

Roldán Rueda, H. N., Amalia Gracia, M., Santana, M. E. y Horbath, J. E. (2016). Los mercados orgánicos en México como escenarios de construcción social de alternativas. *Polis* 43, https://journals.openedition.org/polis/11768?lang=fr.

Rosas-Domínguez, A. y Aguilar, M. D. (2024). Redes alimentarias alternativas en procesos de transición y escalamiento de las agroecologías. *Regiones y Cohesión, 14*(1). https://www.berghahnjournals.com/view/journals/regions-and-cohesion/14/1/reco140102.xml.

Rosset, P. y Altieri, M. (2018). *Agroecología, ciencia y política*. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA).

Rubio, B. (2021). La situación rural en México durante el tumultuoso siglo XXI. En Rubio, B. y Barrón, A., *Mujer y crisis en México* (pp. 14–48). UNAM / Universidad de Colima / Universidad de Nayarit.

Rubio, B. (2025). La exclusión de los productores rurales bajo la égida TLCA-TMEC. En J. L. Calva (Coord.), *Efectos del TLCAN/T-MEC en México* (pp. 91–100). Fontamara.

Secretaría de Educación Pública (SEP). (2024). *Estrategia Nacional Vida Saludable*. https://educacionbasica.sep.gob.mx/wp-content/uploads/2025/02/Proyecto-comunitario-v07-170225_v2.pdf

Ule Muñoz, C. L. (2022). La recampesinización y sus expresiones territoriales. *Revista NERA*, *25*(64), 180–202.

Vázquez García, V. (2017). El acaparamiento de tierras en México: extensión, escala, propósito y novedad. *Revista méxicana de ciencias forestales, 8*(44). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S2007-11322017000600010&script=sci_arttext&tlng=es.